

# Cuerpos y armas

Sergio Vilar

Acaba de celebrarse el décimo aniversario de la llegada del hombre a la Luna. Durante los últimos lustros, el ser humano ha dado colosales saltos de progreso tecnológico. Pero, ¿existe un progreso moral? ¿Profundiza la persona en su dimensión ética?

Al dar los primeros pasos sobre la Luna, a las 15 horas y 56 minutos de la tarde del 21 de julio de 1969, Neil Armstrong, comandante de la misión «Apolo II», decía ante millones de telespectadores de todo el mundo: «Un pasito para el hombre, un gran salto para la humanidad.» Con esa distinta valoración de los efectos del hecho, posiblemente el astronauta norteamericano quiso significar que a menudo existe un enorme, grave desequilibrio entre la realización de la eticidad humana y la proyección tecnológica del hombre en el universo.

Volamos, pero no somos ángeles. Peor: muchas otras realizaciones humanas nos hacen pensar que estamos lanzados —más exactamente: nos lanzan— en una demonología inconsciente que por su tenacidad parasuicida parece ser que se convierte en una especie de monstruosa demonolatría consciente.

La loca carrera de armamentos es el principal signo del **luciferismo** de nuestro tiempo. En eso la humanidad ya ha superado la capacidad de imaginación destructiva de los dioses más siniestros del averno. Hoy, los hombres que controlan las panoplias atómicas de los Estados Unidos y de la U.R.S.S., pueden propagar la muerte global, no sólo una vez, sino quince veces. ¿Es posible imaginar tanta maldad condensada en unos cohetes termonucleares, en bombas de hidrógeno, neutrónicas, etcétera? Tener la posibilidad de arrasár la vida sobre la Tierra una vez ya es de locos, pero poseer los elementos mortíferos para sembrar la muerte otras catorce veces, si es que ello resultara factible, constituye una realidad-en-potencia que seguramente deja acomplejado al propio Satanás. Las clásicas descripciones del infierno parecen hoy ingenuas. Las tradicionales calderas infernales quedan como un juego de niños en comparación con las posibilidades destructivas de los arsenales nucleares norteamericanos y soviéticos: contienen una potencia explosiva de 50.000 megatoneladas, que equivalen más o menos a 15 toneladas por habitante de este mundo. Con

«razón» se ha puesto en circulación un **verbo bárbaro**: «overkill», o sea «sobrematar».

Esos datos, de por sí ya extremadamente preocupantes, multiplican la tensión que atraviesa la Tierra de parte a parte, al observar que las recientes negociaciones que tuvieron lugar en Viena para limitar las armas estratégicas, acabaron en el fracaso, apenas disimulado por las fórmulas de cortesía intercambiadas por Carter y Breznev.

Mientras tanto, siguen fabricando nuevas armas. Por ejemplo, el supermisil MX, compuesto de diez cabezas nucleares, de unas 95 toneladas, que puede alcanzar una gran precisión, con el que perseguiría destruir los silos en los que la U.R.S.S. guarda su coherencia. También se fabrica un nuevo tipo de submarino, el Trident, de 19.000 toneladas, capaz de transportar 24 cohetes y unas 300 ojivas nucleares. Todos esos armamentos cuestan miles de millones de dólares y de rublos.

Al mismo tiempo, en nuestro planeta millones de personas viven en la miseria material más atroz y asimismo en la indigencia intelectual. Sobre todo en los países llamados del Tercer Mundo. Pero también en Europa existen millares de niños sin escolarizar, adolescentes que no pueden proseguir sus estudios, familias que apenas pueden atender sus primarias necesidades de subsistencia.

Probablemente una de las revoluciones más trascendentales que podría hacer la humanidad de hoy sería la definitiva **instauración de la paz**. Porque en cierto modo estamos en guerra: de hecho la acumulación de armamentos significa la perduración de uno u otro tipo

de «guerra fría», que puede convertirse en caliente en uno o en otro lugar y repercutir en todo el mundo.

Si los centenares de miles de millones que se despilfarran en fabricar máquinas de sembrar la muerte se destinaran a resolver los problemas socio-económicos y culturales que atraviesan los continentes a buen seguro que inauguraríamos otra civilización en la que por fin el mejoramiento de la condición humana sería extraordinario: sin pretender ser dioses, pero alejándonos del diablo. Por el momento no es cuestión de soñar con establecer un paraíso sobre la Tierra, pero al menos hemos de evitar que nos aplaste el infierno de la guerra atómica.

No obstante, las posibilidades de conflagraciones más o menos atómicas, más o menos internacionales o más o menos localizadas, desgraciadamente se acentúan ante la perspectiva de la escasez y del gradual agotamiento de las tradicionales fuentes energéticas. Varios dirigentes, por ejemplo, el canciller alemán Helmut Schmidt y el libio Gaddafi, ya han aludido explícitamente a esa hipótesis con tendencia a devenir tesis.

Está bien viajar a la Luna y a otros planetas. Y a pesar de sus vinculaciones militaristas, hay que celebrar las espectaculares e incontestables conquistas científicas de la exploración astronáutica. Pero, ¿por qué no resolver **antes** las necesidades más urgentes de la Tierra? ¿Por qué no atender inmediatamente todas las demandas vitales de los cuerpos? Sólo puede haber unas realizaciones tecnológicas progresistas y unas guerras justas: las que alcancen graduales victorias contra la muerte.